



HOMILÍA II DOMINGO DE ADVIENTO (10/XII/2023)

Queridos hermanos:

Durante el tiempo de Adviento, la liturgia de la Palabra pone a nuestra consideración las figuras del profeta Isaías, San Juan Bautista, el precursor, y la Santísima Virgen María.

- Isaías es el profeta que, por excelencia, anunció al futuro Mesías.
- San Juan, el Bautista, el mensajero que prepara el camino del Señor.
- María, la singular criatura, elegida por Dios entre todas las mujeres, para que se pudiera realizar la encarnación, es decir, que Dios se hiciera hombre en sus entrañas purísimas.

En este II Domingo de Adviento, Juan Bautista, es el que se constituye como protagonista que hace suyas las proféticas palabras de Isaías de la primera lectura: *“Una voz grita en el desierto: preparen un camino al Señor; allanen en la estepa una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que los montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale”* (Is, 40, 1-9). San Juan Bautista fue precursor, porque preparó el camino al Señor; y fue testigo, porque lo señaló entre los hombres.

Su eficacia misionera, primordialmente, se fundó en:

- Vivir el mensaje que predicaba. Una vez leí: los santos no necesitan predicar, les basta existir. La gente se va detrás de ellos.
- Su modo de vivir y de predicar convencían. Juan era el hombre que hablaba con el lenguaje total de su vida. Había coherencia en su existir diario, cosa que no es común hoy. Recuerdo aquella madre que obligaba a su hijo ir a misa, y este le respondió: voy cuando vaya mi papá. El papá oyó y le dijo: vete a misa y obedece. Papá, respondió el hijo: si la misa no es buena para ti, tampoco es buena para mí. Si la borrachera es buena para los hombres, yo también quiero ser borracho.
- En que Juan predicaba cosas muy sencillas y elementales: compartir con los más necesitados, respetar la dignidad humana y los derechos de los demás, denunciar las injusticias y convertirnos cada día.

Permítanme, reflexionar sobre este último tema, la conversión, que es fundamental en la predicación de Juan el Bautista.

¿Qué es la conversión?

Conversión, en la Biblia, se entiende ir por un camino equivocado y volverse al buen camino. Tener una conducta indebida y empezar a portarse bien. Haberse alejado de Dios por las malas obras, y acercarse otra vez a él, por medio de la oración

y el arrepentimiento y la buena conducta.

Jesucristo empezó su predicación con estas palabras: “*es necesario convertirse*”, y repetía: “*si no se convierten y no cambian de conducta: todos morirán*”. Y San Pedro, en su primer sermón, después de recibir al Espíritu Santo, predicaba: “*es necesario convertirse, dejar la vida de pecado que hemos llevado y empezar una vida nueva como lo quiere Dios*” (Hch 2, 38).

El primer paso para la conversión **es el arrepentimiento de nuestros pecados**, que es un dolor o pesar de haber ofendido a Dios por ser él Nuestro Padre, que nos ha concedido tantos favores, y que nos ama más que todas las personas del mundo. Como decimos en el acto de contrición: “*me pesa de todo dolor, porque ofendí a un Dios tan bueno y digno de ser amado sobre todas las cosas*”.

Pero la conversión, no se queda sólo en el arrepentimiento, sino va más allá: el sentido original de la palabra griega utilizada por Juan Bautista para llamarnos a la conversión es “**metanoia**”, que significa, etimológicamente, **cambio profundo de mentalidad y, como consecuencia, de actitudes, y eso va más allá de un simple abandono del pecado**.

Y, a este exigente significado de la palabra conversión es al que nos está llamando el Señor en este Adviento: que no sólo nos apartemos del pecado, sino que afrontemos ese cambio de mentalidad que nos lleve a cambiar nuestra jerarquía de valores, poner nuestros criterios en consonancia con los del Evangelio, dejar de conducirnos en nuestra vida, por sólo criterios humanos y adaptar nuestra vida al espíritu de las Bienaventuranzas.

Pues, debemos convertirnos a Cristo. Si somos cristianos, debemos conocer, amar, imitar y anunciar a Cristo. Cada uno de nosotros tiene el deber de decir, como San Pablo: “*no vivo yo, es Cristo quien vive en mí*”. ¿Se evidencia esto en nuestra manera de actuar? ¿Es realmente cierto que en diversas situaciones y circunstancias de la vida tenemos en nosotros los mismos sentimientos de Jesús? ¿Es verdad que sentimos como Él lo hace? Por ejemplo, cuando sufrimos algún mal o alguna afrenta, ¿logramos reaccionar sin rabia y perdonar de corazón a los que piden disculpas? ¿Qué difícil es perdonar! ¡Cómo es difícil! «*Me las pagarás*»: esta frase viene de dentro. Cuando estamos llamados a compartir alegrías y tristezas, ¿lloramos sinceramente con los que lloran y nos regocijamos con quienes se alegran? Cuando expresamos nuestra fe, ¿lo hacemos con valentía y sencillez, sin avergonzarnos del Evangelio? Y así podemos hacernos muchas preguntas. No estamos bien, siempre tenemos que convertirnos, tener los sentimientos que Jesús tenía.

Queridos hermanos, no nos olvidemos: ya estamos en el II Domingo de Adviento. ¡Jesús viene!

¿Qué hacer?

- Toma el Evangelio en tus manos. Lee.

- Cambia de rumbo y transforma tu mente y corazón. Conviértete. Pídele a Dios: conviérteme, Señor, para que me convierta. La conversión es un don de Dios.
- Sé verdadero cristiano, ten los mismos sentimientos de Jesús. Que tu vida sea una predicación. Sé tú también evangelio para otros.
- Tómate un tiempo para reflexionar en silencio, a solas. Tómate un tiempo para realizar una confesión, sincera y humilde, de tus pecados. ¡Así sea!

+ 
† Ángel Francisco Caraballo Fermín
Obispo de Caimas



Prot. 2023/247